

CON PROUST, EN ILLIERS

por MAGDALENA PETIT

¿Cómo? ¿Cuál, de qué modo?

El tiempo se recupera, inmovilizándolo. Pero, qué hace esto posible...

"El tiempo perdido", precisamente, de Marcel Proust. El que de sólo una manera resucita, haciéndose eterno en un Presente siempre presente: primero, es la memoria involuntaria que lo recrea; luego, voluntariamente los hombres, agradecidos, convierten una casa en mausoleo histórico que memorice por siempre al Hombre-creador desaparecido.

Yo estaba, por cierto, despierta; pero creía soñar. La pieza tan a menudo evocada, la tenía frente a mis ojos. Aquella piececita donde tuvo lugar el más extraño de los encantamientos. Sabía, sin embargo, de brujeríos. Pero con el que se efectuara en el dormitorio de una anciana, de religiosidad verdadera, sin pactos con el Demonio, algo muy distinto, como de la Gracia divina misma descendiendo sobre aquel sitio para otorgarle un Sésamo excepcionalmente poderoso, había probado que existen aquellos misterios de los ensalmos.

Ahí me encontraba, ahora, yo en persona, no en Espectro salido del dormir. Ahí, en la casa de Tante Léonie, 26 Rue du Docteur-Galopin, en Illiers (Eure-et-Loire), en esa provincia de La Beauce, en Francia. Sin embargo, lo sentía rondar, ese fantasma de los sueños, o de la ensoñación, y ya no sabía ni del tiempo ni del espacio; si me hallaba en una casa donde había vivido gente real, o en la de una novela creada a su semejanza: se intercambiaban, como se intercambiaban las épocas, y me parecía que bajo mis plantas —como para las de Marcel— oscilaban las tablas del piso y que iba a adentrarme, yo misma, intemporal, en el fantástico Ballet de una creación literaria. Todo iba aglomerándose, sintéticamente, de golpe, en procedimientos cinematográficos de sobreimpresión. Me salían al encuentro los caminos de Swann, junto al Côté de Guermantes, en tanto el sonido chillón de la campanilla, sincronizado, advertía que alguien llegaba: ansiosa como la Tía Leoncia al comprender que "la hora de Eulalie", tan esperada, me traía, también, cual sombra suya corporeizándose a la distancia en una aparición de su doble, aquella María de Chile y de la infancia que se le identificara en mi lectura, cuando venía a ver a mi abuelita, la socia de aquella mojigata francesa, igualmente portadora de anheladas noticias.

Tras aquel lecho monjil, aproximado a la ventanita que da sobre la calle Docteur Galopin, surgía otro, muy grande, enmarcado con barrotes negro y oro: el de esa abuela que vivía con nosotros en la casa de calle Duarte (1).

El tiempo, al inmovilizarse, mezcla a los seres y las cosas, acerca los espacios, y me hallaba conjuntamente en Francia y en Chile, a las puertas de la madurez y en la infancia lejana, aspirando el olor a tilo, emanado, brumoso, de la taza que mi abuelita —plañidera por hacer más grave su jaqueca— y la postrada Tante Léonie —desfalleciente— recibían a un mismo instante de las manos de dos fieles servidoras, dispuestas a apaciguar curiosidades y dolencias, vivificándolas. De pronto, los compañeros de excursión se me acercaron, y volví a la realidad. Nos hallábamos siempre, por cierto, en esa casa donde el petit Marcel pasaba las vacaciones. Pero adquirí, ahora, un significado de monumento histórico, visitado por turistas. Desvanecido el encantamiento, comencé, entonces, a inspeccionarlo todo en forma ya positiva. Junto a las ramillas de tilo, restituidas piadosamente por Monsieur Larcher, al que se le debe la conversión en santuario del lugar donde aconteciera, como para Bernardita de Lourdes, un inolvidable milagro, ahí lo atestiguaba, también, “la petite Madeleine”. Nos la señalaba sobre el mueble estrecho que hacía oficio de escritorio y altar —en curioso símbolo—, disculpándose, escrupuloso, por no haberla renovado. La humedad, en efecto, la había vestido suntuosamente, a ella tan pequeña, pero importante, con aterciopelada capa de moño gris-verde, como si aquella señal del tiempo —humedad implicando transcurso— viniera a interferir oponiendo los procedimientos de la Historia —implacablemente temporal— a estos distintos que un escritor genial descubriera para los de una *creación literaria*, que hace posible resucitar el pasado, en su esencia, vislumbrando la eternidad del Presente. “El tiempo perdido”, y “El tiempo recuperado”, nos salían por otros caminos al encuentro. Pasamos, entonces, al cuarto mismo del niño Marcel, con la camita de blancas cortinas protegiendo su sueño, y ¡cuántos ensueños! Sobre la cómoda, una bandeja de blanquecino cristal ofrecía sus altas copas junto a la azucarera. Al levantar la tapa, aparecían unos terrones diminutos, iguales a los que endulzarán las bebidas del sufriente chico mimado. ¡Cuán apetecibles reliquias, cómo incitaban al robo, para una proustiana, y chilena! Pero el “Prie-Dieu”, vecino a la cómoda, se hacía presente: embutido entre éste y el mueble-lavatorio, como testigo inoportuno, debió también perturbar otras tentaciones, infantiles. Todo, todo estaba igual, evocador. Y así, después, al pasar a la famosa cocina de las vacaciones, en Combay, donde Françoise preparaba los memorables “civets de lièvre” que, tal vez, probaríamos: Monsieur Larcher, nos tenía a la vista los utensilios e ingredientes, y hasta el animalito, descuerado, a la espera de aquella maestra en el arte culinario: era alucinador, faltaba sólo que apareciera, Françoise, y podíamos imaginarla retenida, una vez más, por el ama, según costumbre, para averiguarle, apremiante, si habría pasado ya a misa Madame Goupil. Salimos al corredor, en tanto nuestro guía recitaba, con voz trémula, tal un sacerdote los Salmos, largas frases alusivas del libro

admirado. Desde la angosta galería vidriada divisábamos el jardincito, cuyos quioscos acogían a Swann en las tardes de verano, y en el que solía, Marcel, quedar extasiado, durante horas, en compañía de un libro predilecto: era exactamente el mismo imaginado a través de mi propia apasionada lectura, pero como si lo hubiera reducido a dimensiones especiales, por falta de espacio, para mostrarlo en reproducción de museo. Así, también, la pequeña escalera que nos había conducido a los dormitorios. Miraba, ahora, sus gradas estrechas, desembocando en la puerta del comedor —la única pieza más espaciosa—, también reconstituida con sus mismos muebles, sus mismos objetos, devueltos como los otros por una nieta de Tante Léoni. Me sentía fascinada ante aquellos escalones, desde los cuales, tomado de alguno de sus barrotes frágiles, un niño angustiado esperaba, para poder regresar al lecho y dormir, el beso indispensable de su madre. Pero no subiría ella tan pronto y la espera se haría obsesionante. Swann estaba de visita, las conversaciones se prolongarían alrededor de la mesa familiar, en tanto, la abuela estaría echando miradas recelosas sobre la botella de ese coñac que perjudicaba a su marido y le recordaba dolorosamente las crisis de asma del nieto. Me parecía oír sonar y resonar, como música de fondo, el abrumador tintineo que antaño anunciara la visita inoportuna. Ahí estaba siempre, incrustado en el muro de la calle, el tirador de esa campanilla, señalando que nuestra visita de turistas, demasiado prolongada, también, era llegado el momento de no seguir perturbando las sombras del pasado. ¡Sí, era preciso despedirse! Pero deseosa de un último llamado al Tiempo perdido, agité, nerviosa, frenética, la campanilla real. Necesitaba oír ahí mismo la inmensa sinfonía, y acoger dentro de mi alma, las múltiples resonancias que repercutirían en ella por siempre. Comprendía que, a su vez, mi ser no partía del todo, que cierto fantasma se quedaba con los que había evocado, nostálgica.

(1) En los altos habitaba una señora Rodríguez, regloneando, quizás, como su vecina, a los nietos: uno, de ilustre futuro.